

# AGUSTÍN AGUIRRE EN EL RECUERDO

Jaime Cobreros Aguirre

Comencé a conocer a Agustín Aguirre cuando Boni Otegui nos reunió a unos cuantos renterianos para que colaborásemos con escritos e ideas en *Oarso*. Es decir, en los primeros años de los setenta. En las reuniones preparatorias de cada número Agustín destacó enseguida por su voz tonante, que conseguía el silencio ante la manifiesta desventaja de las demás, por sus frases inapelables y por sus constantes referencias literarias. Agustín Aguirre era un renteriano que había leído, que había leído mucho.

Con los años Agustín me fue descubriendo su veta barrojana (en Rentería don Pío penetró hasta las entretelas de más de uno), junto a la de lector de novelas de la colección *Reno* que Plaza editaba de su fondo anglosajón, principalmente. Pérez Galdós se dibujaba en ocasiones al fondo. Pero Agustín Aguirre no citaba autores por

citar. La cotidianidad renteriana, las anécdotas de los paisanos tremendos -algunos aún se mantenían en pie-, encontraban en Agustín la apoyatura literaria precisa.

La indistinta universalización de lo local y la fijación localista de lo universal -quizás la cultura no sea mas que un viaje en ambas direcciones- fue una de las características no sólo de Agustín, sino de todo un grupo de renterianos de su generación y a los que Rentería debe más de lo que habitualmente se piensa. *Oarso* aglutinó a la mayoría de ellos.

Tras las gruesas gafas de Agustín Aguirre se adivinaba una mirada perspicaz, lectora incansable, que también observaba con ilusión, amargura, emoción, esperanza lo que pasaba a su lado por las calles que tanto hubo que patear. Agustín miraba. Después venía la exposición tonante de sus conclusiones.



Agustín Aguirre, (de pie, segundo por la izquierda) en una reunión del Comité de Redacción de la revista *Oarso*, en la Sociedad "Amulleta" (4 de octubre de 1996).